

XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2019.

PERONISMO, ANTIPERONISMO Y CLASE MEDIA: UNA MIRADA DESDE EL TROTSKISMO MORENISTA.

Emanuel Correa.

Cita:

Emanuel Correa (2019). *PERONISMO, ANTIPERONISMO Y CLASE MEDIA: UNA MIRADA DESDE EL TROTSKISMO MORENISTA*. XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-040/166>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“XVII° Jornadas Interescuelas – Departamentos de Historia”

Mesa 87: Las izquierdas argentinas y del Cono Sur en los años sesenta y setenta. Estudios de casos y problemas teórico-metodológicos de su abordaje histórico.

Título: **Peronismo, antiperonismo y clase media: una mirada desde el trotskismo morenista**

Autor: Emanuel Correa (FaHCE–UNLP/CISH–IdIHCS–UNLP).

Introducción

En 1954, ya en las postrimerías del segundo gobierno de Juan D. Perón, una fracción del trotskismo que venía sosteniendo una fuerte postura antiperonista –el Partido Obrero Revolucionario (POR) liderado por Nahuel Moreno-, decide súbitamente ingresar al Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), un agrupamiento de diferentes tendencias de izquierda afines al peronismo que contaba con un indudable impulso oficial (Herrera, 2011). Este giro, que lleva al POR a convertirse en Federación Bonaerense (FB) del PSRN, fue adoptado en un principio en pos de objetivos puramente tácticos: aprovechar la legalidad del PSRN para lograr visibilidad y así capitalizar una supuesta desperonización de la clase trabajadora. Sin embargo, la experiencia pronto impulsaría una relectura de la realidad nacional y del papel desempeñado por el peronismo, proceso que culminaría en 1957, ya derrocado Perón y disuelto el PSRN, en la adopción de una política de entrismo del POR en el propio Movimiento Peronista (Correa, 2017).

En este trabajo nos centraremos en esas primeras relecturas, que podemos fechar entre el ingreso al PSRN y el derrocamiento del peronismo, periodo marcado por la agudización de las tensiones políticas y sociales entre el gobierno y el heterogéneo frente opositor que terminaría por desplazarlo del poder. La interpretación de esas tensiones, como es esperable por parte de una corriente marxista, se hará en clave de conflicto de clases. En este marco, si bien el antagonismo fundamental se postula en términos “clásicos”, entre la burguesía -aliada con el imperialismo norteamericano- y la clase trabajadora, la corriente morenista comienza a prestar atención al papel desempeñado por un sector social que no había estado entre sus preocupaciones previamente: la *clase media*. El uso de esta categoría por parte de la agrupación

será nuestro objeto específico de análisis, buscando determinar cómo se conceptualizó a la clase media, su conformación y composición, el rol que se le atribuyó en el conflicto planteado y el que se prescribía para ella en función del proyecto político de la organización.

El trabajo se iniciará con el relevamiento de distintos materiales editados por el POR/FB del PSRN que incorporan a sus análisis la noción de *clase media*: algunos artículos del periódico *La Verdad* -órgano de prensa partidario- y un documento de discusión interna que, retrospectivamente, cobrará gran importancia para la corriente morenista y será publicado bajo el título “1954, Año clave del peronismo.”¹ Posteriormente se analizarán esos extractos documentales en diálogo con la bibliografía específica que desde distintas disciplinas ha abordado y problematizado el concepto de clase media, buscando determinar cuáles eran las perspectivas teóricas respecto de esta temática que subyacían en los análisis del morenismo.

La(s) clase(s) media(s) de Yrigoyen a la “Libertadora”: Frente antioligárquico, quintacolumna del imperialismo, emergente de la modernización, masa de maniobra de la reacción... ¿o todo eso y más aún?

El documento “1954, Año clave del peronismo” refleja muy claramente el impacto del ingreso al PSRN en los análisis del POR, ya que condensa notables cambios -respecto de lecturas previas- en lo que hace a la interpretación de la coyuntura política, económica y social, ahora marcada por la necesidad de encarar un amplio frente para combatir la *ofensiva clerical, patronal e imperialista* contra el gobierno de Perón. En este marco, Nahuel Moreno, autor del escrito, propone una lectura del fenómeno peronista más matizada y atenta a sus contradicciones que en años anteriores, cuando primaba la condena lisa y llana al movimiento y al gobierno.² En lo que a nuestro análisis respecta, el documento inscribe el surgimiento del

¹ *La Verdad*, (en adelante *LV*) se lanza en agosto de 1954 como *órgano de la Federación Bonaerense del PSRN* y continúa publicándose hasta la disolución de este partido en marzo de 1956. Por su parte, el documento “1954, año clave del peronismo” fue propuesto originalmente como *Informe Político del V Congreso del POR* (ya integrado al PSRN) a comienzos de 1955 –original disponible en el archivo digital de la Fundación Pluma: <http://www.fundacionpluma.info/>-. En rigor, el título “1954, año clave...” data de su primera publicación como folleto (ed. Elevé, 1971). Años más tarde, el escrito se incluye junto a otros materiales en la recopilación titulada *El golpe gorila de 1955* (ed. Pluma, 1974), reeditada en versión digital por el sitio www.marxists.org (2001) y nuevamente relanzado en formato libro en 2012 (ed. El Socialista). Los fragmentos citados en este trabajo fueron extraídos de la versión digital.

² Para un contrapunto entre esta nueva línea política y la sostenida en los años previos, v. Correa (2017).

peronismo en un proceso de modernización de la sociedad argentina, uno de cuyos frutos sería el fortalecimiento de la *moderna clase media*:

“Durante los 10 últimos años de enriquecimiento general hubo un colosal fortalecimiento y renovación de las clases más ligadas a la producción industrial capitalista. La burguesía industrial, la moderna clase media y el proletariado industrial llegaron a tener un nuevo peso específico en las relaciones entre las clases. (...) este crecimiento y mayor importancia han adquirido dimensiones colosales en el proletariado industrial. (...) La clase media, en sus formas antiguas y modernas, juega un rol de gran importancia, pero secundaria.”³

En este fragmento vemos emerger a la moderna clase media como un subproducto del desarrollo industrial capitalista, iniciado en la década del 30 pero reimpulsado en el período peronista por un proceso de *enriquecimiento general*, cuyo impacto en el plano político y social vemos a continuación:

El peronismo (...) logró el apoyo como clase del moderno proletariado industrial. (...) Pero, este apoyo (...) se ha hecho en condiciones históricas completamente favorables para el peronismo y la burguesía, de enriquecimiento general (...) Como consecuencia de ello y de su relativa reciente formación social, el proletariado industrial, como la nueva clase media e inclusive los nuevos sectores burgueses, todavía no se han estratificado socialmente y no se han sedimentado políticamente. Las clases, los sectores de clase y la vanguardia de esos sectores (...) no se han dado su organización política.⁴

Aquí subyace una idea de larga tradición en el pensamiento marxista: la de la *correspondencia necesaria* entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la estructura económica (relaciones sociales de producción) y la superestructura jurídica, política e ideológica de una formación social determinada. Esta idea, expresada sintéticamente en el célebre prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1980:5)⁵, fue elevada a la categoría de dogma por las principales corrientes marxistas desde fines del siglo XIX hasta, por lo menos, la primera mitad del siguiente (y entre ellas debemos incluir a las corrientes trotskistas, a pesar de su proclamado carácter disidente respecto de los cánones socialdemócrata y comunista). Una de las aplicaciones más difundidas de esta “ley general” era el supuesto de que cada clase social conformaba (o debía conformar) su propia organización política o, visto desde el ángulo opuesto, que las organizaciones políticas existentes respondían

³ Moreno (2001)

⁴ *Ibid.*

⁵ En palabras de Marx: “...en la producción social de su vida los hombres establecen (...) relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. (...) Al llegar a una fase determinada de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes (...) y se abre así una época de revolución social.”

(o debían responder) de forma específica al interés de determinada clase o fracción de clase. De esta manera,

...[si] el enriquecimiento general, la reciente formación o fortalecimiento de las clases modernas, han provocado la falta de delimitación política de las distintas clases [, el] empobrecimiento general, al acentuar todas las contradicciones económicas y sociales, ponen a la orden del día la sedimentación y actuación política de cada clase y su vanguardia.

Ahora bien, ¿cómo se aplicaba esta fórmula (ciertamente reduccionista, pero hegemónica en los análisis marxistas de la época) al caso concreto de la clase media? Es decir, en el marco de la crisis del proyecto peronista, ¿no era de esperarse que comenzara a producirse ese proceso de *sedimentación política* de las distintas clases y que éste tuviera su manifestación específica respecto de los sectores medios? En efecto, y no casualmente, el *morenismo* buscaría la respuesta a este interrogante en la Unión Cívica Radical; y la encontraría en el ascenso de la fracción que a su interior encabezaba Arturo Frondizi. En esa línea, el primer número de *La Verdad* había dedicado un extenso artículo al tema, firmado por M. Marani y titulado inequívocamente: “*La Nueva Clase Media, a través del sector Frondizzi, es la que quiere dirigir al radicalismo*”.⁶

Este artículo, sobre el que nos detendremos especialmente, explicita y desarrolla un tópico que se venía insinuando en los pasajes previamente citados: la heterogeneidad en la composición de la clase media y, en particular, la distinción entre una clase media *nueva* o *moderna* y otra *vieja* o *antigua*. La existencia de estas fracciones y las tensiones entre ellas, expresadas al interior del radicalismo, se abordan tanto diacrónica como sincrónicamente, es decir, son la clave que permite al articulista explicar los cambios de orientación de la Unión Cívica Radical a lo largo de la historia, así como las luchas de facciones a su interior en el momento actual (1954). En ese afán, el relato se remonta hasta el periodo pre-irigoyenista:

“El radicalismo no fue otra cosa, en un principio, que el frente único de todos los sectores contrarios a la nueva oligarquía financiera (...) Este frente único iba desde los comerciantes (...) no ligados al capital financiero, hasta los grandes productores nacionales no dominados por los monopolios, pasando por la juventud estudiantil y la abigarrada clase media urbana y rural (desclasados, artesanos, pequeños comerciantes, medianos y pequeños estancieros y chacareros) (...) Irigoyen sube a la primera presidencia justamente por esa razón. Es un triunfo

⁶ Para Ezequiel Adamovsky (2009), la identificación de la UCR como “partido de la clase media” ya era para esta época un tópico fuertemente arraigado en el sentido común, y lo seguiría siendo en las décadas siguientes, incluso en el ámbito académico. Para Enrique Garguin (2007), es recién en esta coyuntura que el radicalismo acepta esta identificación con la clase media (que previamente había rechazado para reclamarse representante de un mucho más abarcativo “pueblo”) y desde allí la proyecta retrospectivamente hacia su propio pasado y al de la nación.

antioligárquico (...). [Sin embargo,] dada la falta de ubicación precisa de la clase media, el factor determinante de su política son los productores nacionales, sobre todo los medianos y pequeños ganaderos, que utilizan por medio del irigoyenismo a la clase media.”⁷

El pasaje, en primer lugar, revela lo difuso de la noción de clase media que utiliza el artículo, al punto de incurrir en contradicciones en sus propios términos, cuando incluye a pequeños y medianos productores rurales en la categoría y luego los coloca por fuera de ella sin mediar explicación. En cualquier caso, queda claro que para el autor, una heterogénea clase media urbana y rural había tenido un lugar de importancia en la coalición de fuerzas sociales que llevaron y sostuvieron al irigoyenismo en el gobierno. Pero de esa misma clase media, fruto justamente de su marcada heterogeneidad, surgiría también la reacción alvearista contra el liderazgo del Yrigoyen:

“La clase media urbana que apoya al radicalismo es sumamente heterogénea: va desde los elementos sin ocupación, empleados pobres, artesanos, pequeños comerciantes, hasta los “doctores”, sectores de la clase media acomodados. La presión del capital financiero sobre el partido gobernante se refleja también en la estratificación de la clase media, utilizando como su agente a [sus] capas más altas. Surge así la primera división importante del partido entre alvearistas e irigoyenistas, que adquiere así una explicación de clase. Las acusaciones alvearistas contra los comités y sus acomodados (...) reflejan (...) el desprecio de la oligarquía financiera y (...) los sectores más elevados de los productores nacionales y la clase media por la participación directa (...) dentro de la renta nacional de los sectores más pobres y desclasados de la clase media.”⁸

Del desarrollo lógico de este argumento surge la explicación de la llamada *alvearización* de la UCR luego del derrocamiento y muerte de Yrigoyen...

“el alvearismo, representante de los sectores más elevados de la clase media, de los eternos ‘se vende al mejor postor’, ven ‘su posibilidad’ en el dominio del país por el imperialismo norteamericano. El radicalismo comienza así a transformarse en lo contrario de lo que había sido, en el agente popular de la penetración yanqui, en el sirviente de la oligarquía financiera y los grandes monopolios.(...) La base del Alvearismo (...) lo forma la intelectualidad del partido radical, la intelectualidad urbana, que hace su gran carrera abogacil al servicio de los grandes monopolios.”⁹

...y también hallan su explicación de clase (media) los dignos pero débiles conatos de resistencia a este curso de asimilación al *régimen*, impuesto a la UCR por la dirección alvearista:

⁷ LV N°1, 20-8-54. p. 2

⁸ *Ibíd.*

⁹ *Ibíd.*

“Dentro de las grandes ciudades, entre los sectores más pobres de la clase media, de la moderna clase media que empieza a tener importancia numérica, surgen brotes auténticamente antiimperialistas: FORJA o grupos disidentes.”¹⁰

El lento pero sostenido crecimiento de la *moderna clase media* (cuya definición y composición aún no nos ha sido revelada por Marani) recién comenzará a hallar una expresión cabal con el ascenso del peronismo, cuando la derrota de la Unión Democrática lleve al desplazamiento de la dirección unionista (el viejo alvearismo) por parte del Movimiento de Intransigencia y Renovación. Esta crisis partidaria, así como el peso relativo de las distintas tendencias que la intransigencia reconoce a su interior, también son comprendidas como manifestaciones de disputas entre fracciones de clase; en particular, de clase media:

“Como consecuencia del triunfo del peronismo (...) [los] sectores antiyanquis del radicalismo, que habían seguido (...) con críticas más o menos encubiertas al alvearismo (...), toman el comando del partido. Es el triunfo de la intransigencia (...). Pero en el movimiento intransigente y renovador aparecía una nueva fuerza: la moderna clase media, los empleados, etc., que se había fortalecido enormemente en los últimos años de intenso desarrollo económico. Esta nueva fuerza se unía a los restos de los viejos representantes (...) de los productores nacionales (...) para derrotar al unionismo.”¹¹

La *moderna clase media* urbana, cuya composición nuevamente debemos intuir, pues se da casi por sobreentendida (“*los empleados, etc.*”), actuaría así como el sector más dinámico del nuevo frente que condujo al radicalismo en la etapa peronista; pero al interior de este frente, también heterogéneo en su composición de clase, no tardaría en incubarse una nueva crisis partidaria:

“Los viejos sectores tenían una opinión auténticamente irigoyenista, tradicionalista en sus ideas y métodos políticos, en el abstenerse del programa (...). Estos viejos sectores están reflejados por Sabattini. Los nuevos sectores por el contrario quieren una estructura y política “moderna”, asimilando la experiencia acumulada durante todos los últimos años por la clase media urbana. Los representantes de esta tendencia son Frondizi, Balbín, Lebensohn, Nobilia. Esa es la base de la actual crisis del radicalismo.”¹²

El análisis concluye con un diagnóstico -que encierra también una apuesta política- respecto de la posible dinámica de la fracción frondicista como expresión de los sectores *modernos* de la clase media urbana, retomando el argumento que viéramos al comienzo respecto de la *sedimentación* de las clases y la clarificación de sus expresiones políticas:

“La crisis del radicalismo, a través de la fracción Frondizzi, refleja la tendencia de un sector de la clase media a darse un programa antiimperialista. La crisis es progresiva, ya que significará un

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ *Ibíd.*

¹² *Ibíd.*

aporte en la clarificación de las ideas y la lucha antiimperialista (...). La clase media engrosará las filas de los que luchamos contra el imperialismo.”¹³

Lo sustancial de este artículo, es decir, la explicación de la crisis del radicalismo como expresión del conflicto entre una *vieja clase media* en declive y una *moderna* en ascenso, es reafirmado por la pluma más autorizada de la agrupación en el escrito “1954, año clave del peronismo”, que además nos brinda una enumeración algo más específica respecto de qué debe entenderse por tales categorías:

“Las nuevas capas de la clase media, profesionales, empleados, técnicos, el estudiantado, forman la intransigencia frondicista. Es una manifestación (...) del importante cambio que se operó en el país en los últimos 20 años y que se reflejó en la estructura de la clase media, e indirectamente, en el Partido Radical. El sabattinismo se recluyó entre los ‘viejos’ irigoyenistas o los viejos caudillos de parroquia. En última instancia, reflejaba los viejos sectores de la burguesía rural que se resistieron al dominio del partido y del gobierno por parte del imperialismo yanqui o la oligarquía financiera. En las ciudades, el sabattinismo se acentuó, lo mismo que el irigoyenismo, en los sectores desclasados o más pobres de la pequeña burguesía o en algunos sectores de la clase obrera.”¹⁴

Aunque Moreno considera progresivo el ascenso de la corriente frondicista, también introduce un argumento que será muy extendido en cierta literatura de izquierda posterior al derrocamiento del peronismo: el de la inconsecuencia de la clase media, su incapacidad para abrazar un programa antiimperialista y, sobre todo, su tendencia a diferenciarse y enfrentarse con la clase obrera:

“El frondicismo (...) ha triunfado (...) como consecuencia del mayor peso de las relaciones capitalistas en la actualidad. En un sentido, esa corriente es progresiva, aunque sufre todas las contradicciones de la pequeña burguesía, siendo incapaz de una política independiente. Vota contra el peronismo, por odio pequeño burgués a la clase obrera, a quien observa con envidia por su nuevo peso político y social. Las luchas de la pequeña burguesía contra el imperialismo yanqui en Latinoamérica son observadas con simpatía por el frondicismo pero, al mismo tiempo, éste no se atreve a ir contra la Iglesia.”¹⁵

Esta línea de análisis se irá profundizando a lo largo de 1955, a medida que se agudice el conflicto político y arrecien las movilizaciones de oposición al gobierno, a las que los sectores medios de la Capital dotaron de gran masividad. En ese contexto, *La Verdad* alerta sobre la intención de los sectores burgueses golpistas de atraer a la clase media hacia sus objetivos reaccionarios.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ Moreno (2001).

¹⁵ *Ibíd.*

“Para los capitalistas hay una sola solución (...). (...) apretar el torniquete a la clase obrera para que produzca más cobrando menos. (...) la quieren llevar a cabo de golpe y apoyándose en una mayoría que le proporcionaría la clase media.”¹⁶

“...la contra y la burguesía quieren la conciliación para unificar sus efectivos. Para crear su gran partido que apoyándose en la clase media, le permita mediante una mayoría hacer bajar la cabeza a la clase obrera. La burguesía quiere liquidar la influencia de la C.G.T., y de la clase obrera, y para ello necesita derrocar al peronismo, y sacar a Perón de la presidencia. Las manifestaciones radicales y clerical tiene ese significado, hacer que Perón renuncie, para iniciar ya la nueva era, la era de la entrega total del país al imperialismo yanqui, la era de la ofensiva patronal y del aplastamiento de la clase obrera, la era del hambre y de la miseria.”¹⁷

Finalmente, esa apuesta de *la contra y la burguesía* por ganar a la clase media como base de sustentación para lograr un apoyo masivo al golpe de Estado rinde sus frutos, a juzgar por los editoriales de *La Verdad* de las últimas semanas previas al derrocamiento del gobierno peronista:

“...mientras un sector de los capitalistas acepta la pacificación, abandonando -al menos momentáneamente- sus planes de golpe de estado, otro sector, fundamentalmente apoyado en una parte de la clase media, la mas desesperada (...) sigue firme en su plan de preparación civil del golpe de estado.”¹⁸

“Evidentemente, la clase media es el verdadero centro de los que exigen la renuncia de Perón. Esto no significa que estén solos. Las mismas fuerzas que intervinieron el 16 de junio son un hervidero de conspiraciones y atentados. Pero el apoyo de la clase media le da fisonomía amplia y popular a este movimiento. (...) ellos se sienten más fuertes que nunca. (...) Su medio actual es el rumor. Quieren mantener latente el estado de subversión reaccionaria. A través de él quieren crear la convicción de que ‘hasta que no renuncie el tirano’ no habrá paz en las calles de Buenos Aires.”¹⁹

Una vez consumado el golpe de Septiembre, la publicación se aleja claramente del tono “analítico” de un año atrás, que contemplaba la existencia de sectores dinámicos y tendencias progresivas al interior de la clase media, para dar lugar a la denuncia e incluso a cierta resignación respecto de su rol en la lucha de clases -es decir, en la Historia-, depositando sus esperanzas exclusivamente en los trabajadores:

“...pese al palabrerío ‘democrático’ y la borrachera de ‘libertad’ que vive la clase media, el nuevo gobierno será mas reaccionario porque tendrá mas en cuenta las aspiraciones y las necesidades de los capitalistas y el Imperialismo”²⁰

“Si el nuevo gobierno cuenta con el apoyo de la clase media, que una vez mas se presta al juego de la reacción y el imperialismo yanqui (...), los obreros del gran Buenos Aires, los miles de trabajadores que viven rodeando a la ciudad, sus hermanos de Rosario, de Berisso, de todo el

¹⁶ LV N° 15, 25-6-55. p. 1

¹⁷ *Ibid.*, p. 2

¹⁸ LV N° 17, 19-8-55. p. 1

¹⁹ LV N° 16, 5-8-55. p. 3

²⁰ LV, *Boletín Especial*, 26-9-55. p. 2

país, son los únicos que desde el primer momento resisten la pretensión de los capitalistas y el imperialismo por imponer su gobierno”²¹

Morenismo y clase media: Viejas miradas desde nuevos enfoques

Hecho este recorrido por algunos pasajes en los que el POR/FB del PSRN se valió del concepto de *clase media* para interpretar la coyuntura política y social en que le tocó intervenir, intentaremos un análisis crítico de los supuestos teóricos que pueden haber estado detrás de los usos de ese concepto por parte de la agrupación, valiéndonos para ello del bagaje conceptual que nos brindan las perspectivas actuales sobre esta temática.

En realidad, como ya se ha dicho, la clase media no era un objeto de interés prioritario para una corriente trotskista que concentraba sus modestas fuerzas en la militancia política y sindical en el movimiento obrero. En muchos de los extractos que hemos analizado, la noción de clase media es utilizada casi al pasar y, podría decirse, con deliberada laxitud. El significado que se asigna a esta categoría, el o los sectores sociales que comprende, etc., no son –ni mucho menos- problematizados; más bien, se dan por sobreentendidos o, a lo sumo, son enumerados descriptivamente. En este punto, los escritos que hemos analizado se inscriben en una larga tradición: como sostiene Ezequiel Adamovsky, “*en los debates políticos de fines del siglo XIX y comienzos del XX (...) la clase media tiene una existencia nunca probada, pero que es tan obvia que pareciera no requerir demostración*” (2014:118).

Por esa razón, nos hemos detenido extensamente en el único artículo de *La Verdad* que tiene a la clase media por objeto: el referente a la crisis de la UCR y el ascenso de su corriente interna liderada por Frondizi. También el documento teórico-político “*1954, año clave del peronismo*”, dedica a esta temática algunos párrafos a los cuales hemos prestado especial atención. Ambos textos buscan desentrañar el *significado profundo* de las disputas al interior de la UCR entre unionistas, intransigentes sabattinistas y frondicistas, comprendiendo estas rencillas como expresión de distintos intereses de clase, en particular de las distintas fracciones de la clase media. En esa búsqueda, se remontan a décadas atrás para analizar –no sin esquematismo- el proceso de conformación de esa clase media, su estratificación y sus

²¹ *Ibíd.* p. 6

mutaciones desde fines del siglo XIX, aspectos que los analistas *–ley de correspondencia necesaria* mediante- ven cristalinamente reflejados en el plano político.

Pero más allá de este esquema legado por la “ortodoxia” marxista, o además de él, hay otras cosas que se pueden decir respecto de las lecturas *morenistas* sobre la clase media. Comencemos por reiterar que las mismas parten del supuesto de la *existencia objetiva* de esa clase media, cuya entidad nunca se plantea como interrogante. Es decir, debemos inscribirlas entre los modelos *objetivistas* de análisis de las clases sociales, aquellos que las consideran como posiciones en las que los sujetos se ubican según su situación en la estructura económica. Visiones *objetivistas*, también, en cuanto no indagan sobre la adscripción o identificación de los sujetos que integrarían esa clase media, su autopercepción como parte de la misma, su acción colectiva como tal, etc. (cf. Visacovsky y Garguin, 2009). En las fuentes analizadas, la clase media, e incluso sus diferentes estratos, *están ahí*, objetivamente, y la tarea del observador, en consecuencia, es taxonómica: debe determinar qué sectores de la población conforman cada uno de esos estratos y cómo actuarán en función de esa pertenencia de clase. Sus inclinaciones, actitudes y expresiones políticas, así como sus potencialidades y limitaciones estarán dadas, exclusivamente, por el lugar que ocupan en la economía y, en consecuencia, en la jerarquía social.

Las definiciones *objetivistas*, y en particular las de raíz marxista, tienden a definir a la clase media *por defecto*, por lo que *no es*. En palabras de Adamovsky, tienen a la clase media como una “*categoría residual*”, ya que la misma estaría conformada por *todo* lo que no puede definirse estrictamente como burguesía –propietaria de los medios de producción- o clase obrera –desposeída de los mismos y obligada a vender su fuerza de trabajo-. Como señala el autor, estas concepciones, además de dejar sin responder el interrogante de por qué deberíamos considerar como *una* clase a un conjunto social extremadamente heterogéneo, encuentran sus limitaciones y paradojas en las *zonas grises* en que los límites superiores e inferiores de esa (supuesta) clase media se tornan difusos (Adamovsky, 2014:115-118). En el caso aquí analizado vemos estos dilemas en concreto, por ejemplo, cuando en referencia a la *vieja* clase media del período yrigoyenista, se incluye o excluye alternativamente de la categoría a los pequeños y medianos productores rurales (v. cita 7, p. 4). En la misma línea, podemos preguntarnos por qué los “*empleados pobres*” formarían parte de la clase media y no de la clase

trabajadora; o bien por qué una corriente marxista considera a los “*elementos sin ocupación*” parte de la clase media y no *lumpenproletariado* (v. cita 8, p. 5).

Dicho esto, es bueno dejar claro que no es nuestra intención “condenar” por simplistas estos análisis. En primer lugar, porque sabemos que la crítica debe siempre considerar el contexto de producción de la fuente. En este sentido, amén de lo señalado respecto de las limitaciones del paradigma objetivista presente en los artículos, pretender una lectura procesual y constructivista de la formación de las clases sociales -y, más aún, de la clase media en particular- por parte de una corriente política que pensó el problema a mediados de los años 50 del siglo pasado, sería incurrir en un grueso anacronismo. Los enfoques que consideran a las clases como construcciones históricas, en las que los sujetos no sólo *están determinados* por la estructura económico-social, sino que también *son determinantes* a la hora de constituirse y autoidentificarse en términos clasistas, se abrieron paso lentamente desde mediados de la década del 60 y se consolidaron hacia los 80. Recién a partir de la década siguiente, esta forma de concebir la conformación de las clases sociales, hasta entonces aplicada sobre todo a la clase trabajadora, reveló su potencialidad para abordar el esquivo concepto de *clase media* (cf. Visacovsky y Garguin, 2009; Adamovsky, Visacovsky y Vargas, 2014). En segundo lugar, porque a pesar de intentar ceñirse a aquel rígido esquema del “marxismo ortodoxo”, los análisis del POR/FB del PSRN introducen algunos matices en el análisis de la clase media que, creemos, dotan a éste de mayor complejidad y, por lo tanto, es oportuno comentar en estas páginas.

Un tópico a destacar es el de la distinción entre una *vieja* y una *nueva* clase media. Esta diferenciación al interior de la clase media halla su expresión característica en la obra *White Collar: The American Middle Classes* del sociólogo norteamericano Charles Wright Mills (1951). Para Mills, con el desarrollo y la concentración capitalista en las modernas sociedades industriales, la *vieja clase media*, conformada por granjeros o arrendatarios, pequeños comerciantes y fabricantes, tendía a declinar en términos relativos y a ser reemplazada por una *nueva clase media* que incluía a profesionales asalariados, técnicos, administrativos y oficinistas (cf. Visacovsky y Garguin, 2009: 17). Como puede verse, tanto la caracterización de la *nueva* clase media como su relación con la dinámica de la modernización capitalista y su tendencia a desplazar a la *vieja* en el plano económico y político, son argumentos muy

similares a los postulados en las fuentes glosadas (v. citas 11 -p. 6- y 14 -p. 7-, e.o.). Desde ya, requeriría una ardua investigación -que excede ampliamente el objeto de este trabajo- determinar si Moreno u otros teóricos de su partido tenían acceso a la obra de Mills. Si no probable, esto es al menos posible, desde que la publicación de *The White Collar* es tres años anterior a las fuentes analizadas. Lo que sabemos con seguridad es que Milciades Peña, tal vez el intelectual más prominente de la corriente morenista por aquellos años, tendría acceso poco tiempo después a la primera edición de la obra en español, publicada en 1957.²² ¿Habrán tenido acceso Peña y Moreno al original en inglés, o al menos a los conceptos centrales de la obra, en 1954?

Fuera así o no, existía otra fuente en la que el morenismo pudo haber abrevado para pensar en este proceso de diferenciación y complejización al interior de la clase media. El futuro fundador de la carrera de sociología de la Universidad de Buenos Aires, Gino Germani, venía abordando el estudio de la clase media en distintas producciones. Tanto en un informe que realizara por encargo de la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana (Germani, 1950), como en un trabajo anterior circunscripto a la Ciudad de Buenos Aires (Germani, 1942), el sociólogo ítalo-argentino señalaba la distinción entre una clase media *autónoma* formada por “*propietarios del comercio, la industria, agricultura y ganadería, arrendatarios agrícolas, profesionales liberales y rentistas*”; y otra *dependiente* compuesta por “*directores y gerentes, jefes y administradores, viajantes, técnicos, suboficiales, empleados y jubilados*”. Si bien Germani utiliza con cuidado las denominaciones de *antigua* y *nueva* clase media, por sostener que en la Argentina ambos conglomerados conforman en general una clase media “*de formación reciente*”, la distinción sociológica entre las dos fracciones al interior de esta clase opera en el mismo sentido que le daría Wright Mills y el que, como hemos visto, se expresaba también en los análisis de *La Verdad y 1954, año clave...*

Nuevamente, tampoco respecto de Germani podemos trascender el plano de la especulación en cuanto a las lecturas que pudieran haber llevado al morenismo a pensar de modo complejo la composición interna de la clase media, la dinámica de su desarrollo y su impacto en el plano social y político. Pero en cualquier caso, la matriz subyacente en el

²² Esta edición, titulada *Las clases medias en Norteamérica (White-Collar)*. Madrid, Aguilar, 1957, aparece citada por Peña (1958) en un curso sobre *Introducción al pensamiento de Marx*, en el cual, si bien cita a Mills respecto de otro tópico, también incluye la misma distinción entre nueva y vieja clase media.

argumento –a saber: el desarrollo de la *moderna clase media* como producto de un proceso de centralización, racionalización y burocratización inherente al desarrollo capitalista-, nos habla de algún grado de hibridación en el duro lenguaje marxista-leninista-trotskista que la corriente reconocía, al menos explícitamente, como única fuente de validación de sus postulados.

Otro argumento interesante que se desliza en uno de los documentos, y que nos permite establecer un nexo con desarrollos teóricos posteriores sobre la formación de la clase media argentina, es el de su fuerte identidad antiperonista. Sobre todo, el hecho de que ésta no es atribuida a determinaciones estrictamente económicas -ni mucho menos a ningún “ímpetu democrático” mancillado por el “autoritarismo peronista”-, sino al rechazo hacia la nueva posición social que la clase trabajadora había conquistado durante el peronismo. Para Moreno, aún la “*progresiva*” clase media moderna “*vota contra el peronismo, por odio pequeño burgués a la clase obrera, a quien observa con envidia por su nuevo peso político y social*” (v. cita 15, p. 7).

El rechazo que la irrupción y la vertiginosa integración política de los “*nuevos obreros*” provenientes de las migraciones internas -estigmatizados con el mote “*cabecitas negras*”- generó en los “*sectores establecidos*” de una sociedad que se pensaba a sí misma como europea y homogéneamente blanca, ha sido un tópico ampliamente abordado desde la historiografía, la sociología y la antropología (Germani, 1962, 1973; Grimson, 2016; James, 1990; Torre y Pastoriza, 2002, e.o.). Pero en la última década, esta veta ha sido explorada también para comprender la formación de la clase media argentina desde una perspectiva constructivista. Enrique Garguin (2009) sostiene, en efecto, que la irrupción de las masas peronistas, asociada a la figura del obrero “de oscura pigmentación” proveniente del norte del país, al desmentir palmariamente el mito de una nación homogéneamente blanca-europea, impulsó a un sector de la población a aferrarse a esa identidad étnico-racial como elemento de diferenciación, reclamando para sí la hasta entonces poco reivindicada pertenencia a la *clase media*. En el análisis de Garguin vemos cómo se articula *históricamente*, en base a estas categorías raciales, la identidad de clase media -blanca, europea y “civilizada”- en respuesta al desafío planteado por la emergencia de otra identidad -obrera, plebeya, “negra” y peronista- que conquistaba tumultuosamente su lugar en el espacio público.

En rigor, la identificación del peronismo con lo “negro” o, más específicamente, con el “cabecita negra”, será un asunto complejo. Como señala Alejandro Grimson (2016), durante la década peronista nunca se reivindicó desde las esferas oficiales esa figura para invertir su carga infamante, como sí había sucedido con el término “descamisado”, también surgido de las filas antiperonistas y asumido con orgullo por el peronismo en el gobierno. Desde el antiperonismo, sostiene Grimson, “*quienes guardaban algún pudor respecto de las ideas raciales (...) trastocaron la diferencia ‘negra’ en ‘rural’, ‘étnica’, o de culturas políticas. Por ello, ‘negro’ y ‘cabecita negra’ estaban a la vez ausentes en la escritura y omnipresentes en la oralidad*”. Así, la figura del “cabecita negra” permanecerá invisibilizada –al menos en el registro escrito– hasta luego del derrocamiento del peronismo, cuando, más desde los márgenes que desde el centro del movimiento (a través de intelectuales como Jorge A. Ramos y Arturo Jauretche), comenzará a ser reivindicada como encarnación de una “argentinidad auténtica”, popular, criolla, mestiza, proveniente del interior, etc.

Pero más allá de los ritmos y modalidades de su apropiación por parte del peronismo, lo cierto es que estas equivalencias (“*cabecitas negras*”-*clase obrera-peronismo*) fueron establecidas primeramente desde el campo antiperonista, el cual, por oposición, se reafirmó en su adscripción étnica (blanca-europea) y de clase (media). Retomando el enfoque de Garguin, entonces, podemos afirmar que el antiperonismo no fue una opción política circunstancialmente abrazada por una clase media preexistente, sino un factor constitutivo de su propia identidad como clase (2007: 108)

Desde ya, la somera referencia de Moreno al “*odio pequeñoburgués a la clase obrera*” está lejos de dar cuenta de la complejidad de este fenómeno. Por empezar, una de sus aristas fundamentales, la étnico-racial, queda fuera del campo de percepción del trotskismo morenista. Sólo se ve el clivaje clasista: odio *pequeñoburgués* a la *clase obrera*. No obstante, si a esto sumamos la figura de la “*envidia por su nuevo peso político y social*”, podemos ver que el análisis capta, así sea de manera difusa, la imagen de una reacción jerarquizante, a la vez dotada de un fuerte componente emocional (*odio, envidia*), ante una nueva presencia que se percibe como una amenaza. Por otro lado, el hecho de que una corriente que cifra sus esperanzas exclusivamente en el proletariado dedique algunas de sus reflexiones a analizar el fenómeno de la activación política de la *moderna clase media*, parece corroborar lo afirmado

por Garguin, en el sentido de pensar el periodo peronista como el de la efectiva conformación –y la consecuente visibilización en el plano político- de esa clase.

No se quiere con esto, desde ya, atribuir ninguna *intuición proto-constructivista* al análisis del morenismo respecto de la clase media. Por el contrario, los artículos citados, por demás *objetivistas* en su concepción de las clases sociales, extienden retrospectivamente la noción de clase media hasta fines del siglo XIX y, además, como ya se ha dicho, reducen la explicación de su reacción antiperonista al plano puramente material, *clasista* en el más estricto sentido, soslayando sus aristas étnico-raciales y culturales, lo que no es otra cosa que analizar un nuevo fenómeno con los esquemas conceptuales que se tienen al alcance en el momento. Lo que resulta interesante desde una perspectiva procesual es, justamente, ver cómo en el contexto de polarización de 1954/55 parece hacerse evidente que *algo* cambió cualitativamente en la (supuestamente preexistente) clase media argentina con la irrupción del peronismo; *algo* que la hace digna de atención y análisis por parte de una corriente que no la había considerado un actor relevante hasta entonces.

Ahora, con este recorrido previo, volvamos a ver cómo se posicionó la FB del PSRN cuando ese proceso de agregación social y cultural de la clase media se tradujo en movilización política en sentido estricto. Al respecto, es pertinente notar que el artículo de Marani y el escrito de Moreno datan de mediados de 1954 y comienzos de 1955, cuando la posibilidad de un golpe de Estado contra el gobierno peronista se dibujaba en el horizonte como una amenaza cierta pero no necesariamente inminente. De hecho, a fines de abril del 54, el gobierno había sido ampliamente relegitimado en las urnas, aún después de iniciado su entredicho con la jerarquía de la Iglesia Católica. Es el desarrollo de este conflicto en el año 55 lo que acelerará vertiginosamente la dinámica de polarización política inaugurada con el ascenso mismo del peronismo, pero particularmente intensificada durante su segundo periodo de gobierno. En este contexto, los conatos golpistas, que hasta entonces se habían reducido a aisladas asonadas militares (1951) o desesperadas acciones terroristas (1953) lograron, por primera vez, dotarse de una apoyatura de masas inédita desde las movilizaciones “antifascistas” de 1945. La composición de este novedoso apoyo popular a las acciones golpistas es lo que analizan (en rigor, mencionan) los artículos de *La Verdad* previos e inmediatamente posteriores al derrocamiento de Perón. Como hemos visto, la publicación señala expresamente a la clase

media como la masa de maniobra de los sectores burgueses e imperialistas que propiciaban el golpe de Estado. Incluso, en un pasaje llega a sindicársela como “*el verdadero centro*” de quienes impulsan la asonada (v. cita 19, p. 8). Ya consumado el golpe, el morenismo se lamenta de que la clase media, inmersa en una “*borrachera de libertad*”, se preste, “*una vez más, al juego de la reacción y el imperialismo*” (v. citas 20 y 21, pp. 8-9).

Es llamativo el hecho de que esta tendencia a actuar como correa de transmisión de los peores designios oligárquicos e imperialistas, que sólo era atribuida a los “*sectores más elevados*” de la clase media cuando se analizaba el radicalismo alvearista (v. citas 8 y 9, p. 5), pase a comprender a la clase en su conjunto en tiempos del golpe contra el peronismo. Asimismo, en este contexto parece quedar atrás la tan meneada distinción entre *antigua* y *moderna* clase media... ¿se percibe de alguna forma que la clase media se unifica y consolida en su vigorosa movilización contra la “*tiranía peronista*”? Probablemente; aunque una vez más, su emergencia como un actor político y social relevante no puede ser aprehendida en toda su dimensión -es decir, como la instancia en que esa clase media termina de plasmarse como tal-, ya que esto implicaría adoptar una perspectiva que estaba fuera del marco conceptual de esta organización trotskista.

La ventaja que conlleva la mirada retrospectiva sobre el objeto (una mirada que lo analice con las herramientas teóricas actuales pero se esfuerce por evitar la tentación del anacronismo) nos permite también inscribir el análisis del morenismo en un contexto más amplio, una suerte de *clima de época* que se haría visible en toda su magnitud luego del derrocamiento del peronismo, cuando la clase media comenzaría a ser el objeto de interpelación predilecto de distintos intelectuales y políticos. Efectivamente, la condena a esa clase por su oposición al peronismo y su entusiasta apoyo al golpe del 55 será una *moda intelectual* del periodo posperonista, particularmente en el campo de la izquierda. Carlos Altamirano (2011) ha dedicado un interesante ensayo a este tema, señalando la proliferación de una “*literatura de expiación y mortificación*” producida por intelectuales de confeso pasado antiperonista en la década siguiente al golpe. En el centro de la autocrítica de estos escritores se hallaba su propia pertenencia de clase: por su carácter pequeñoburgués, obnubilados por la épica *antifascista* del 45, habían dado la espalda a los trabajadores y celebrado el derrocamiento de un gobierno al que éstos consideraban propio. Desde este “*purgatorio*”, ideológico y a la vez moral, la

intelectualidad se dará a la tarea de revisar el periodo peronista y, sobre todo, el papel de la clase media en un drama que la interpelaba en primera persona.

Con algunas salvedades, las lecturas del morenismo pueden considerarse como una temprana expresión de ese movimiento político-intelectual. Aunque los dirigentes de esta corriente jamás se hubieran reconocido como parte de la clase media, por lo cual sus juicios carecen por completo de aquel espíritu autocrítico; y aunque la clase media nunca llegara a ser en sus análisis el objeto privilegiado de escarnio que será en la literatura analizada por Altamirano, en *La Verdad* podemos ver algunos de los argumentos que serán pilares de esa (auto) crítica. Si los mortificados intelectuales del posperonismo condenaron a una clase media “*veleidosa, timorata, moralista, proclive al formalismo y a todas las ilusiones políticas, instrumento y víctima a la vez de los que oprimen a la nación y a las clases populares*” (Altamirano, 2011: 124), para la FB del PSRN, incluso antes del 55, esa misma clase sufría “*todas las contradicciones de la pequeña burguesía*”, era “*incapaz de una política independiente*”, estaba cegada por el “*odio pequeño burgués a la clase obrera, a quien observa con envidia*”, actuaba como “*el verdadero centro de los que exigen la renuncia de Perón*”, siendo “*su medio ... el rumor*”; vivía una “*borrachera de libertad*” y se prestaba “*una vez más al juego de la reacción y el imperialismo*”.

De hecho, la corriente morenista no fue la única que apeló a esta tónica acusatoria para analizar la movilización de la clase media contra el peronismo “en tiempo real”, mientras la misma se desarrollaba. También lo hizo otra tendencia interna del PSRN, de igual origen trotskista pero que seguiría un curso muy diferente al morenismo -para el caso, al cabo del derrocamiento de Perón, ésta permanecería mucho más constante en su estigmatización de la clase media. Nos referimos a uno de los grupos que conformarían posteriormente la Izquierda Nacional, el liderado por Jorge Abelardo Ramos y Jorge Enea Spilimbergo. Este último prestaría atención al fenómeno del “*moralismo*”, entendido como un recurso con que la oligarquía y el imperialismo movilizaban a la clase media en su exclusivo beneficio, como un ariete contra un gobierno que afectaba sus intereses económicos. Azuzando la indignación moral ante la “*corrupción del régimen*” peronista, una clase dominante de inconfesables fines e impresentables credenciales éticas, utilizaba como masa de maniobra a la pequeña burguesía aprovechando su intrínseca debilidad como clase y su propensión a actuar en virtud de una

visión idealista del mundo. Bajo este argumento, Spilimbergo publicaría en 1956 un artículo titulado “*El moralismo. Utilización oligárquica de la clase media*”. Sin embargo, el interés por el fenómeno ya era visible un año antes, cuando la revista *Izquierda*, orientada por el mismo grupo, reprodujera un artículo de muy similares postulados y casi idéntico título: “*El moralismo y la utilización imperialista de la pequeña burguesía*”, publicado por la revista brasileña *Cadernos de Nosso Tempo* en 1954.²³

Es sintomático que en su número de septiembre de 1955, a punto de consumarse el golpe reaccionario contra Perón, *Izquierda* recurriera a un artículo que analizaba el muy análogo papel que los “*movimientos de recuperación moral*” habían desempeñado en la ofensiva contra el gobierno de Getulio Vargas; embestida que había llevado al suicidio del presidente brasileño tantas veces homologado con su par argentino derrocado al año siguiente. La reproducción del artículo de *Cadernos* por los editores de *Izquierda* nos habla no sólo de una temprana preocupación respecto del rol desempeñado por la clase media en la desestabilización del orden peronista, sino también de la circulación transnacional de determinados marcos analíticos. En suma, aunque pudiera parecer una “peculiaridad argentina” debida a la intensa polarización política y social entre peronismo y antiperonismo, este discurso de estigmatización hacia la clase media se inscribió en un contexto regional marcado por lecturas muy similares.

A modo de ejemplo, mencionaremos brevemente el caso chileno. J. Pablo Silva (2009) sostiene que las izquierdas de ese país también adoptaron desde los 50 un discurso fuertemente peyorativo hacia la clase media, basado en las mismas premisas que hemos visto: una clase conservadora y timorata que se abroquela con las oligarquías en defensa de sus módicos privilegios y se enfrenta a las clases laboriosas, renunciando a un pretendido “rol histórico” progresista y antiaristocrático. Lo paradójico del caso chileno es que esa crítica se dio en un

²³ Para Spilimbergo, (1956: 65), “*la predisposición de la pequeña burguesía a absorber la propaganda moralista surge de sus propias condiciones de existencia. Tratase, por lo general, de una clase desligada del esqueleto de toda sociedad: la producción. Al revés de lo que ocurre con los burgueses industriales y el proletariado, su actividad se despliega en el terreno de la superestructura. Sin experiencia concreta de las causas y condicionantes reales, tiende a suplantarse la consideración objetiva de los fenómenos por ‘sistemas’ ideales*”. Por su parte, el artículo de *Cadernos* reproducido en *Izquierda* afirma que “*La pequeña burguesía (...) es la clase que maniobra los medios de producción sin tener su propiedad. Lo que caracteriza a las clases medias, por tanto, es su status. El pequeño burgués es un proletario con status asemejado al del burgués. Esa dependencia para con las status constituye, psico-socialmente, un poderoso condicionamiento para una visión idealista del mundo*” (*Izquierda* N° 2, sep 1955: 13).

momento de fuerte radicalización política de los “*empleados de cuello blanco*”, considerados desde la década del 30 como el *corazón* de la clase media en ese país. Sostiene Silva que esto se dio, en buena medida, por la “*importación*” de matrices analíticas europeas y norteamericanas, que -a diferencia de la noción forjada históricamente en Chile, centrada en los empleados-, asociaban la noción de *clase media* con una emergente burguesía antagonista de la clase dominante. Es esta idea la que condujo a la izquierda chilena a condenar la defección de una *abstracta* clase media en el momento en que más permeable a sus postulados era la clase media *real*.

Con las particularidades del caso, los intelectuales argentinos experimentarán una *decepción* similar. Es que también de este lado de los Andes, los primeros esfuerzos por sistematizar el concepto de *clase media* fueron refractados por un prisma eurocéntrico, o bien estuvieron inscriptos en programas de investigación promovidos desde los Estados Unidos. En efecto, las primeras indagaciones de Gino Germani (1942) habían estado estimuladas explícitamente por la inquietud ante la supuesta centralidad de la clase media como apoyatura social del fascismo europeo; mientras que su estudio posterior (Germani, 1950), aunque con matices en sus conclusiones, había partido de un programa de la Unión Panamericana que orientaba a sus colaboradores hacia una hipótesis opuesta: la clase media como vector de democratización, modernización y factor de estabilidad de los frágiles sistemas democráticos del continente. En definitiva, ambos modelos, aunque opuestos, compartían una fuerte carga normativa respecto de los roles que la clase media cumplía o debía cumplir.

La irrupción del peronismo y la efectiva articulación de la clase media como actor sociopolítico en respuesta a ese desafío será, mucho más que aquellos escasos antecedentes académicos, lo que lleve al *tardío descubrimiento* de esa clase por amplias capas de la intelectualidad argentina (Garguin, 2007). Sin embargo, en la proliferación de artículos y ensayos de mediados y fines de los 50, entre los que se inscriben claramente las interpretaciones del morenismo, las prescripciones respecto de los roles atribuidos y esperados de la clase media serán la vara con que se mida (con la consabida severidad) su posicionamiento en el conflicto social y político. En definitiva, si la clase media reunía todas aquellas características negativas, ¿qué es lo que esa clase *debía ser*?, ¿qué se esperaba de ella?, ¿cuál era la “promesa” que recurrentemente traicionaba a causa de su inveterada

inconsecuencia y veleidad? En el ensayo antes mencionado, Altamirano nos ofrece una clave, al recordar que ninguna expresión de izquierda consideraba a la pequeña burguesía como una clase a erradicar en pos de la construcción de la sociedad futura. Si bien no era el *sujeto de la historia*, como el proletariado, tampoco era su natural antagonista, sino un sector con cuyo concurso la clase obrera debía contar en su lucha contra los verdaderos opresores locales y foráneos. En este sentido, la misma literatura que atormentaba a la clase media por haber dado la espalda a los obreros peronistas, no otorgaba a esa codena un carácter irrevocable, sino que le ofrecía una vía de redención: unir su destino al de la clase trabajadora (Altamirano, 2011:124-125).

En un sentido muy similar, el único pasaje de *La Verdad* que cifraba esperanzas en “*la tendencia de un sector de la clase media a darse un programa antiimperialista*” e incluso afirmaba taxativamente que “*la clase media engrosará las filas de los que luchamos contra el imperialismo*” (v. cita 13, p. 7), alertaba a renglón seguido sobre “*las limitaciones de estos movimientos cuando son dirigidos por la clase media*”, ya que “*solamente el proletariado puede llevar adelante una lucha consecuente contra el imperialismo*”. En síntesis, el lugar reservado a la clase media en el proyecto de la organización era el de una “clase aliada” que debía subordinarse a la dirección del proletariado, es decir, al programa del propio Partido. Sólo así la pequeña burguesía desplegaría su potencial; de lo contrario, sería cooptada por la burguesía y el imperialismo, ya que era constitutivamente incapaz de jugar un rol independiente.

Eso explica por qué, aunque aquellas esperanzas en el potencial antiimperialista de la *moderna clase media* se vieran defraudadas por su adhesión en masa al golpe del 55, pocos años después, en respuesta a un cuestionario de Carlos Strasser (1959: 141), Nahuel Moreno seguía apostando (también él “*una vez más*”) a esa suerte de redención laica: “*las más numerosas capas de [la pequeña burguesía] forman parte del pueblo explotado y por consiguiente es un problema de vida o muerte para la revolución (...) el ganarla o neutralizarla. (...) La pequeña burguesía debe ser parte esencial de la revolución.*”

Bibliografía

- **Adamovsky, E., Visacovsky, S. y Vargas, P.** (2014). “Presentación”. En Adamovsky, E., Visacovsky, S. y Vargas, P. (comp.) *Clases medias: nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*, Buenos Aires, Ariel. pp. 13-18
- **Adamovsky, E.** (2009). “Acerca de la relación entre el Radicalismo argentino y la “clase media” (una vez más)”. *Hispanic American Historical Review* 89:2 Mayo. pp. 209-251
- (2014). “Clase media: problemas de aplicabilidad historiográfica de una categoría”. En Adamovsky, Visacovsky y Vargas (comp.) *op. cit.* pp. 115-138
- **Altamirano, C.** (2011). “La pequeña burguesía. Una clase en el purgatorio”, en Peronismo y cultura de izquierda. Buenos Aires. Siglo XXI.
- **Correa, E.** (2017). “Preludio al *entrismo morenista*. La experiencia del Partido Obrero Revolucionario en la Federación Bonaerense del PSRN”. Actas de las *XVIº Jornadas Interescuelas – Departamentos de Historia*. Mar del Plata. Agosto. En <https://interescuelasmardelplata.files.wordpress.com/2017/09/73-correa.pdf>
- **Herrera, C.M.** (2011). “El Partido Socialista de la Revolución Nacional, entre la realidad y el mito”, *Revista Socialista*, N° 5, cuarta época, pp. 85-113.
- **Garguin, E.** (2007). “El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina” *Nuevo Topo, revista de historia y pensamiento crítico*. N° 4. pp. 85-108.
- (2009). “«Los argentinos descendemos de los barcos». Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920-1960)”, en Visacovsky, S. y Garguin, E. *Moralidades, economías e identidades de clase media*. Buenos Aires. Antropofagia, pp. 61-94
- **Germani, G.** (1942). “La clase media en la Ciudad de Buenos Aires” *Boletín del Instituto de Sociología, II I*. Bs. As. pp. 105-126.
- (1950). “La clase media en la Argentina con especial referencia a sus sectores urbanos”, en *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina I*. Washington D.C. Unión Panamericana. pp. 1-33.
- (1962). *Política y Sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Biblos.
- (1973). “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”, en *Desarrollo económico*. n° 51, Oct.-dic.
- **Grimson, A.** (2016). “Racialidad, etnicidad y clase en los orígenes del peronismo, Argentina 1945”. *International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America. desigualdades.net*. Working Paper Series 93. Berlín
- **James, D.** (1990). *Resistencia e integración*. Buenos Aires, Sudamericana. Cap. 1, pp. 19-65
- **Marx, K.** (1980), *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI, México, p.3-7.

- Moreno**, N. (2001), “1954, año clave del peronismo”, en *El golpe gorila de 1955*. En https://www.marxists.org/espanol/moreno/obras/02_nm.htm#_ftnref10
- Peña**, M. (1958) *Introducción al pensamiento de Marx (Notas de un curso de 1958)*. En <https://elsudamericano.files.wordpress.com/2011/11/milciades-editado.pdf>
- Silva**, J.P. (2009). “Repensando aspectos de las relaciones de clase en el Chile del siglo XX”, en Visacovsky y Garguin (comps.), *op. cit.* pp. 123-159
- **[Sin autor]** (1955) “El moralismo y la utilización imperialista de la pequeña burguesía”. *Izquierda* N° 2, sep. pp. 12-16
- Spilimbergo**, J. E. (1956) “El moralismo. Utilización oligárquica de la clase media”, en *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*. Bs. As. Amerindia. Edición digital <https://www.marxists.org/espanol/spilimbergo/1950s/spilimbergo-1956-nacionalismo-oligarquico.pdf>. pp. 60-68
- Strasser**, C. (1959). *Las izquierdas en el proceso político argentino*. Buenos Aires. Palestra. pp. 133-144
- Torre**, J.C., y **Pastoriza**, E. (2002). “La democratización del bienestar”, en J. C. TORRE (dir.), *Los años peronistas (1945-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana. pp. 257-312
- Visacovsky**, S. y **Garguin**, E. (2009) “Introducción”, en Visacovsky y Garguin (comps.), *op. cit.*, pp. 11-59